

## EL HUMANISMO EN LA UNIVERSIDAD CONTEMPORANEA

Por FERNANDO RIVAS SACCONI

Cada día más se agudiza la pugna entre las dos tendencias filosófico-pedagógicas que buscan la primacía en el ámbito educativo y de manera especial en el dominio de la enseñanza superior o universitaria. Dos tendencias opuestas y hasta cierto punto irreconciliables, puesto que se enderezan a metas distintas y persiguen rutas dispares.

Me refiero a la sistemática del universalismo científico, de un lado, y a la sistemática de la especialización dentro del ílmite panorama de lo conocible. Entre ellas se ha dividido la opinión de los entendidos y expresión de esa disputa en que ambas sistemáticas se hallan empeñadas a fondo es la periódica revisión de los **curricula** de universidades y demás instituciones docentes del mundo.

Con respecto a la enseñanza elemental y a la educación secundaria —por ser informativas y formativas por esencia— no se ha planteado con tan acentuada insistencia ni con igual intensidad la polémica en cuestión. Una enseñanza elemental de horizonte limitado y de penetración profundizante en determinada materia, no es defensible ni pretendible. Una enseñanza secundaria —cuyo fin primordial es el de preparar al hombre en su categoría simple de tal— tampoco se hermana con una concepción de comprensividad y con una notoria reducción del pénsum de estudios. Mas no sucede lo propio cuando se aborda la cuestión en el máximo nivel de la instrucción. Allí comienza a hacerse menos clara la solución buscada y las opiniones se combaten sin que sea dable, a primera vista, terciar sin titubeos por una o por otra de las indeologías pedagógicas en disputa. Porque la universidad es el instituto al que tradicionalmente corresponde la preparación del profesional. Del profesional, téngase bien presente, no del hombre como tal. Y si esta misión natural y tradicional de la universidad desde siempre la ha divorciado de pretensiones utópica y peligrosamente universalistas, es tanto más cierto que el insospechado y asombroso avance de las disciplinas científicas en nuestro siglo no permite ninguna

veleidad en pos de un **currículum** de dimensiones universales. No sólo no es posible ya el estudio de todas las ciencias, pues que éstas se han multiplicado y alargado siglo tras siglo; no solo no es posible abarcar el número vastísimo de los conocimientos científicos que la visión del cosmos, en sus más variados aspectos, ha engendrado; es imposible también llegar a dominar en su integridad los múltiples aspectos de una sola ciencia. Y si hasta hace cien años era aceptable el hablar del médico general —vaya de ejemplo—; y si hace cuarenta aún podía hablarse seriamente del osteólogo, hoy ya sólo es permitido a un individuo llamarse especialista en fracturas de las extremidades superiores o en fracturas craneanas. El proceso de eliminación de tópicos, de temas de interés, se ha acelerado en forma desconcertante. Y no es hijo del mero capricho y no responde tan solo al predominio de una filosofía pedagógica. Proviene de una situación de hecho. El hombre permanece el mismo y el mundo de los conocimientos se extiende y ramifica constantemente. Y siendo una situación de hecho inmodificable no hay otra alternativa que obrar de acuerdo con ella. Porque, ante la disparidad insalvable de las capacidades mentales del individuo y la ilimitación de la ciencia, solo nos es dado adaptarnos a ella. La especialización está y no puede dejar de estar en los planes de estudio de la universidad. Lo contrario sería estafa a la sociedad y fomento de simuladores y diletantes de las profesiones.

Pero el hombre, dentro de su pequeñez, sigue siendo la única razón y medida de los conocimientos. Por tanto, nunca puede descuidarse, al preparar al especialista y al profesional, su categoría humana.

Se objetará que en los países latinos, especialmente en los países clásicos de la latinidad en Europa, esta formación sólidamente humanística la recibe el disciente en la escuela secundaria. Ello es así. Y naturalmente no puede tratarse de una mera repetición del pénsum ya trajinado, traído y manido del bachillerato, en los años de universidad, porque ello implicaría una falta de sindéresis filosófico-pedagógica. No. No se trata de repetir, de reandar los mismos caminos. Trátase de que el profesional mantenga ante su conciencia la armonía y completa categoría del hombre. En el bachillerato (cuando el bachillerato proporciona verdadera disciplina humanística, que no en todas partes así sucede) es una labor positiva, troncal y excluyente la del humanismo, en su aspecto universalista y en su faz clasicista y estructuradora de mentes y caracteres. En la universidad es una labor negativa, en cierto sentido tangencial y simplemente coordinadora la que cumple llevar a cabo. Recordarle al profesional, al técnico en gestación, al hombre minifundizado, al individuo menguado dentro de la larga teoría de los equipos científicos, que sigue siendo, a pesar de la inmensidad de los fenómenos y de las verdades científicas, a pesar, muy a pesar de su estatura física menguadísima ante las dimensiones de las montañas y de los robots, la razón y medida del cosmos. Pero, clarísimo está, sin llamarle falsamente a engaño sobre su exigüidad individual ante las intrincaciones específicas del mundo conocible. Porque, de esta errada concepción de grandeza sólo derivaría menoscabo la labor científica y mengua la seriedad investigativa del individuo. Para la investigación se requiere delimitación de perspectivas, solida-

ridad y colectivismo, especialización progresiva. En este camino, por el cual ha avanzado tanto la ciencia en las últimas centurias, no se puede dar un solo paso atrás. Pero, justamente por ser de necesitante necesidad que el individuo restrinja y particularice su campo noseológico e investigativo cada día más, es imprescindible recordar a ese mismo individuo que no hay solo ramas de una ciencia particular sino toda una determinada ciencia particular; que no solo existe esa determinada ciencia particular sino muchas otras ciencias particulares; que todas esas ciencias particulares no son sino facetas múltiples de una gran unidad. La ciencia. Y hacerle presente siempre y a todo momento, que el hombre es la razón y medida última de esa infinita gama de seres y de conocimientos.

Hay un país que actualmente es mira y manzana de discordia en el mundo entero. Mira para quienes se deslumbran con los progresos tangibles. Manzana de discordia, porque apenas se menciona, despierta interminables panegíricos y enconadas diatribas. Me refiero a los Estados Unidos. Que es objeto, por parte de los que le cubren de odio y vituperio, de violentos y peyorativos epítetos sobre su materialismo, su pragmatismo, su carencia de profundidad y de visiones globales de la ciencia y del hombre. Su falta de humanismo, en una palabra. No soy yo quien diga la última palabra a este respecto. Ni estaría en capacidad de rebatir total y definitivamente esos epítetos. Que algún fundamento, por relativo que sea, tienen. Pero para el caso presente, sé decir que en ese país donde la personalidad del hombre parece desarticulada y encasillada en el mínimo ámbito de la especialización cada día más micrométrica, en ese país la universidad conoce y aplica, todos bien lo saben, principios de universalismo docente, de humanismo cultural, en las aulas universitarias. Al estudioso de ciencias exactas le endilga buena dosis de lenguas y de historia además de algunas incursiones por los ámbitos del pensamiento filosófico. Y viceversa. El resultado quizás no aparezca tan evidente en la vida americana, por dos razones, a mi saber: la de que la vida sumerge al individuo en la marea de la rutina y lo obliga cada día más a ser pieza de engranaje. Mas sería de preguntar cuanto más materialista, pragmática y carente de espíritu esa misma vida, si no mediara esa mínima pero global mirada de los años universitarios. Esta es la primera razón. La segunda, más enmendable, la carencia de bases humanísticas en el **High School** que es reconocido como pobre institución de enseñanza media, por imparciales conocedores del problema. Y esta es la segunda, no menos válida razón de la levedad del influjo humanístico en la vida americana.

Porque la época realmente propicia para estructurar la personalidad es la de la adolescencia y de la primera juventud. Todo lo que se haga después, sin bases sólidas adquiridas anteriormente, es vano y casi contraproducente. Por ello, la universidad europea, mucho menos universalista y humanística, no alcanza a borrar del individuo la profunda huella de formación clásica recibida en los años de gimnasio y liceo.

Mas cumple ir más lejos en nuestra argumentación. Por que a primera vista parece improcedente e inconsecuente, en período de la

historia tan definitivamente e irremediabilmente complejo y especializado, el invocar la adopción de un curriculum humanístico en la universidad. Mas no es así. Sino lo contrario. Talvez en otras épocas de menor subdivisión de las materias lectivas y de mayor cortedad del contenido de ellas, no fuera tan urgente el abogar por una ampliación de la mirada estudiosa del universitario. Pero hoy en día, cuando todo arrebató al individuo la posibilidad de asomarse a la unidad del universo y de la ciencia, cuando todo parece agobiarlo bajo el acervo de la multiplicidad, hoy es cuando urge volver por los fueros de la persona y por la visión global y unitaria de lo conocible.

Y qué se entiende en definitiva y para el caso presente, por una vuelta al humanismo en los claustros?

La palabra humanismo ha tenido y tiene diferentes y múltiples acepciones al través de la historia y a lo largo de los autores. Mas, para el caso que nos ocupa, en esencia no hay grandes divergencias. Por que, sea que se dé a la palabra un marcado sentido histórico de retorno a las fuentes grecorromanas, ora se le dé un sentido actual de cultivo de las cualidades propias del ser humano, se desemboca en lo mismo, se llega al mismo estuario, al de la enseñanza de las mismas materias, salvo pequeños cambios de intensidad o de agrupación de ellas. Atenas y Roma fueron cimeros ejemplos de cultivo del hombre, en todos sus aspectos. Si queremos extraer del hombre su más genuina personalidad, dónde encontraremos vehículos mas adecuados que las lenguas clásicas y ejemplos más gloriosos que los de la Helenidad y la Latinidad? Lo importante es llegar a estimar en el disciente el hombre que encierra. El camino no podrá variar diametralmente.

Este humanismo tiene ya su asiento natural en los claustros, en las facultades de Filosofía y Letras. Allí se estudia la filosofía; allí la historia y la crítica; allí las lenguas muertas y vivísimas de la cultura perenne; allí todas esas materias que interesan la mente y el corazón del hombre en cuanto tal. Mas allí se va a beber todo ese conjunto de humanidades con finalidad más o menos profesional especialista. De lo que se trata es de dar a quien no va especialmente a las aulas de filosofía y letras, algo siquiera de la cultura que allí se dispensa. Mas también el disciente de filosofía requiere desplazarse por otros ámbitos de la cultura que no le cumple transitar. Se trata, pues, de proporcionar, en cada facultad, un pequeño lote complementario de conocimientos ajenos directamente a la especialización facultaria. Es establecer puentes de enlace entre los muros separados de la especialización. Que al matemático se le infunda conciencia estética y al letrado fundamentos de lógica matemática. *Et sic de coeteris*. Pero el pénsum de las facultades de filosofía y letras es en sí misma propio del hombre como tal. Por tanto el común denominador de las varias facultades debe descansar en aquellas materias que han sido llamadas, no por mero capricho, humanidades, disciplinas del hombre en cuanto tal.

En conclusión: a todo estudiante universitario debe exigírsele el estudio (dentro de los límites lógicos) de materias ajenas a la carrera de su elección. Mas a todos los universitarios, de cualesquiera facultades, debe exigírseles el estudio de las humanidades (cum grano

salis) como trivio y cuadrivio de la categoría humana. Esta misión debe ser adscrita a las actuales facultades de filosofía y letras, para no crear inútiles nuevos cuerpos docentes y superfluos organismos administrativos. Desde luego, todo esto no podrá realizarse sino con el mejor colaborador de las obras grandes y durables: el transcurso del tiempo. Mas esta es una necesidad de hoy y de mañana y de siempre.